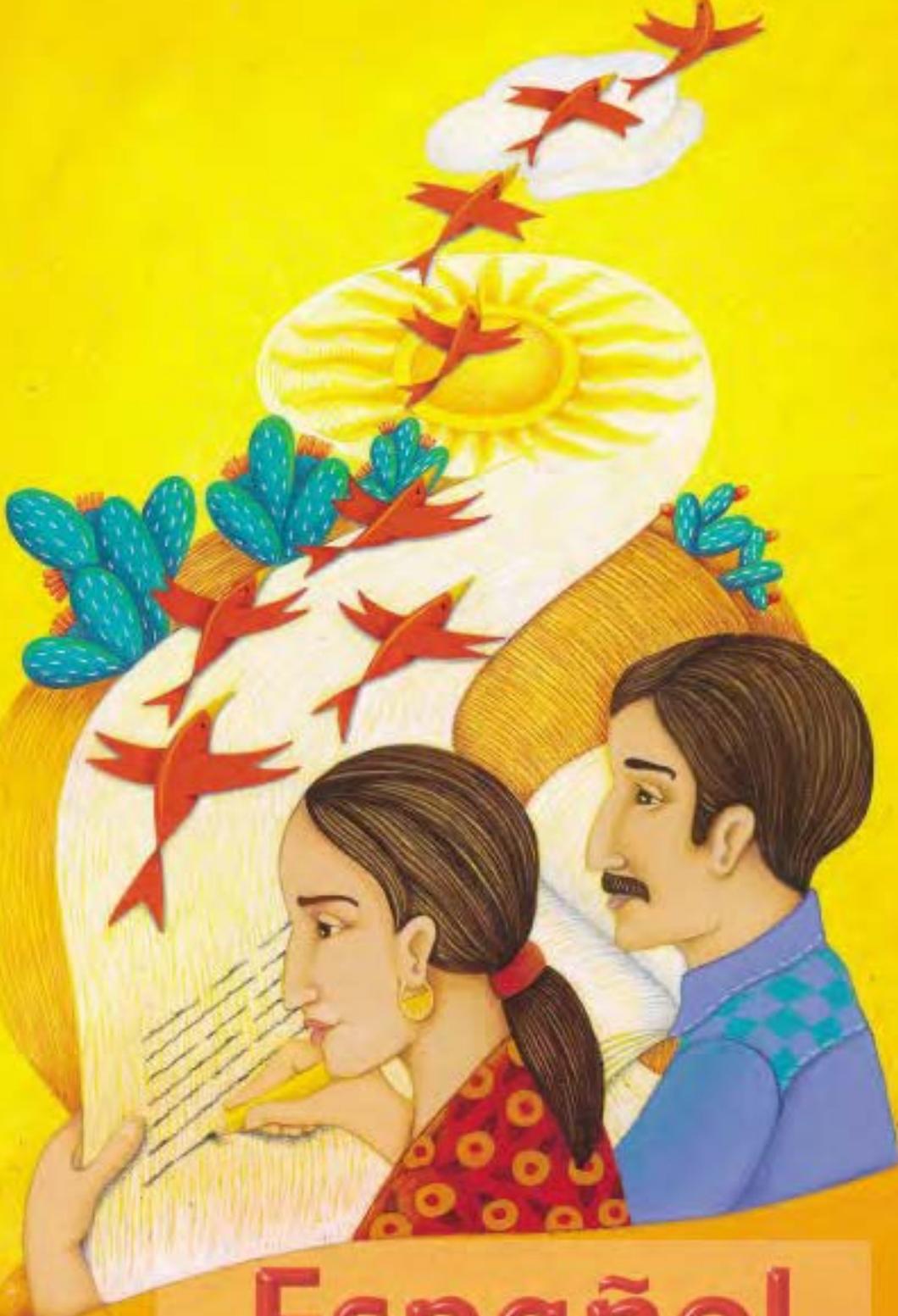


Antología



Español

Propedéutico
para el bachillerato





Español

Propedéutico
para el bachillerato



Coordinación general: Águeda Saavedra Rodríguez

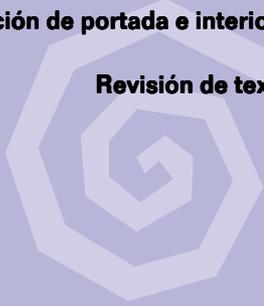
Coordinación del módulo: Leonor Hernández García

Recopilación de textos: Águeda Saavedra Rodríguez
Leonor Hernández García

Coordinación gráfica y cuidado de la edición: Greta Sánchez Muñoz

Diseño y coordinación editorial: Humberto Brera

Ilustración de portada e interiores: Martha Avilés



Revisión de textos: Olivia García Pelayo
José Luis Moreno
Laura Sainz Olivares

Español. Módulo Propedéutico para el bachillerato. Antología. D.R. © 2001, Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, INEA. Francisco Márquez No. 160, Col. Condesa, México, D.F., 06140. Esta obra es propiedad intelectual de sus autoras y los derechos de publicación han sido legalmente transferidos al INEA. Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio sin autorización escrita de su legítimo titular de derechos.

Obra completa, Educación para la vida: **ISBN 970-23-0000-2**

Español. Módulo propedéutico para el bachillerato. Antología: **ISBN 970-23-0176-9**

Impreso en México



Índice



5 **ANTOLOGÍA • Literatura española de los siglos XV al XVIII**

- 6 Tragicomedia de Calisto y Melibea (fragmento)
- 11 La vida del Lazarillo de Tormes (Tratado tercero)
- 14 Églogas (fragmento)
- 16 Una aventura del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha
- 21 El sí de las niñas (Don Diego, Doña Francisca)

25 **ANTOLOGÍA • Literatura mexicana e hispanoamericana de los siglos XIX al XX**

- 26 Clemencia (fragmento)
- 29 El moreno
- 33 Tres héroes
- 36 Donde se habla del viejo cínico don Miguel de Tellagorri
- 40 Romance de lobos (jornada tercera)
- 44 La suave patria
- 46 Poema de César Vallejo
- 48 Romance de la luna, luna
- 50 Nocturno en que habla la muerte
- 53 Los pasos perdidos (fragmento)
- 55 Pueblerina
- 60 No oyes ladrar los perros
- 67 Máscaras mexicanas (ensayo)



Antología

Literatura española
de los siglos XV al XVIII

Lea el siguiente fragmento de la obra teatral *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, más conocida como *La Celestina*, que era el nombre de la vieja alcahueta y chismosa que arregla los amores entre Calisto y Melibea, jóvenes enamorados. Después conteste las preguntas.

Tragicomedia de Calisto y Melibea

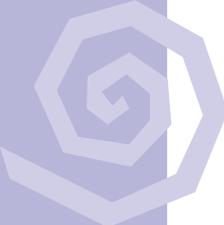
(Fragmento)

Melibea.—Di, madre, todas tus necesidades, que si yo las pudiere remediar, de muy buen grado lo haré por el pasado conocimiento y vecindad, que pone obligación a los buenos.



Celestina.—¡Mías, señoras? Antes ajenas, como tengo dicho; que las mías de mi puerta adentro me las paso, sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo. Que con mi pobreza jamás me faltó, a Dios gracias, una blanca para pan y un cuarto para vino, después que enviudé; que antes no tenía yo cuidado de lo buscar, que sobrado estaba un cuero en mi casa y uno lleno y otro vacío. Jamás me acosté sin comer una tostada en vino y dos docenas de sorbos, por amor de la madre, tres cada sopa. Agora, como todo cuelga de mí, en un jarrillo mal pegado me lo traen que no cabe dos azumbres... Así, que donde no hay varón todo bien fallece: con mal está el huso cuando la barba no anda de suso. Ha venido esto, señora, por lo que decía de las ajenas necesidades y no mías.

Melibea.— Pide lo que querrás, sea para quien fuere.



Celestina.—¡Doncella graciosa y de alto linaje! Tu suave fabla y alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad que muestras con esta pobre vieja, me dan osadía a te lo decir. Yo dexo un enfermo a la muerte, que con la sola palabra de tu noble boca salida, que le lleve metida en mi seno, tiene por fe que sanará, según la mucha devoción tiene en tu gentileza.

Melibea.—Vieja honrada, no te entiendo si más no declaras tu demanda. Por una parte, me alteras y provocas a enojo; por otra, me mueves a compasión. No te sabría volver respuesta conveniente, según lo poco que he sentido de tu habla. Que yo soy dichosa si de mi palabra hay necesidad para salud de algún cristiano. Porque hacer beneficio es semejar a Dios, y el que le da le recibe, cuando a persona digna de él le hace. Y demás de esto, dicen que el que puede sanar a quien padece, no lo haciendo, le mata. Así que no ceses tu petición por empacho ni temor.

Celestina.—El temor perdí mirando, señora, tu beldad. Que no puedo creer que en balde pintase Dios unos gestos más perfectos que otros, más dotados de gracias, más hermosas facciones, sino para hacerlos almacén de virtudes, de misericordia, de compasión, ministros de sus mercedes y dádivas, como a ti. Y pues como todos seamos humanos... ¿Por qué los hombres habemos de ser más crueles? ¿Por qué no daremos parte de nuestras gracias y personas a los próximos, mayormente cuando están envueltos en secretas enfermedades, y tales que donde está la melecina salió la causa de la enfermedad?

Melibea.—Por Dios, sin más dilatar me digas quién es ese doliente que de mal tan perplexo se siente que su pasión y remedio salen de una misma fuente.

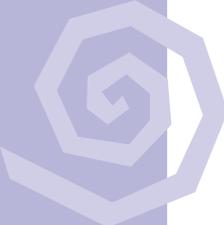
Celestina.—Bien ternás, señora, noticia en esta cibdad de un caballero mancebo, gentilhombre de clara sangre, que llaman Calisto.

Melibea.—¡Ya, ya, ya! Buena vieja, no me digas más, no pases adelante. ¿Ése es el doliente por quien has fecho tantas premisas en tu demanda? ¿Por quien has venido a buscar la muerte para ti? ¿Por quien has dado tan dañosos pasos, desvergonzada barbuda? ¿Qué siente ese perdido, que con tanta pasión vienes? De locura será su mal ¿Qué te parece? ¡Si me fallaras, sin sospecha de ese loco, con qué palabras me entrabas! No se dice en vano que el más empecible miembro del mal hombre o mujer es la lengua. Quemada seas, alcahueta falsa, hechicera, enemiga de honestidad, causadora de secretos yerros! ¡Jesú, Jesú! ¡Quítamela Lucrecia, de delante, que me fino, que no me ha dexado gota de sangre en el cuerpo! Bien se lo merece esto y más quien a estas tales da oídos. Por cierto, si no mirase a mis honestad y por no publicar su osadía de ese atrevido, yo te ficiera, malvada, que tu razón y vida acabaran en un tiempo.

Celestina (Aparte).—¡En mala hora acá vine, si me falta mi conjuro! ¡Ea, pues! Bien sé a quien digo. ¡Ce, hermano, que se va todo a perder!

Melibea.—¿Aún hablas entre dientes delante mi para acrecentar mi enojo y doblar tu pena? ¿Querías condenar mi honestidad por dar vida a un loco? ¿Dexar a mí triste por alegrar a él y llevar tú el provecho de mi perdición, el galardón de mi yerro? ¿Perder y destruir la casa y la honra de mi padre por ganar la de una vieja maldita como tú? ¿Piensas que no tengo sentidas tus pisadas y entendido tu dañado mensaje? Pues yo te certifico que las albricias que de aquí saques no sean sino estorbarte de más ofender a Dios dando fin a tus días. Respóndeme, traidora: ¿Cómo osaste tanto hacer?





Celestina.—Tu temor, señora, tiene ocupada mi desculpa. Mi inocencia me da osadía, tu presencia me turba en verla airada, y lo que más siento y me pena es recibir enojo sin razón ninguna. Por Dios, señora, que me dexes concluir mi dicho que ni él quedará culpado ni yo condenada. Y verás como es todo más servicio de Dios que pasos deshonestos; más para dar salud al enfermo que para dañar la fama al médico. Si pensara señora, que tan de ligero habías de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas, no bastara tu licencia para me dar osadía a hablar en cosa que a Calisto ni a otro hombre tocase.

Melibea.—¡Jesú! No oiga yo mentar más ese loco, saltaparedes, fantasma de noche, luengo como cigüeña, figura de paramento mal pintado; si no, aquí me caeré muerta. ¡Éste es el que el otro día me vido y comenzó a desvariar conmigo en razones, haciendo mucho del galán! Dirásle, buena vieja, que si pensó que ya era todo suyo y quedaba por él el campo, porque holgué más de consentir sus necedades que castigar su yerro, quise más dexasle por loco que publicar su grande atrevimiento. Pues avísale que se aparte deste propósito y serle ha sano, si no, podrá ser que no haya comprado tan cara habla de su vida. Pues sabe que no es vencido sino el que se cree serlo, y yo quedé bien segura y él ufano. De los locos es estimar a todos los otros de su calidad. Y tú tórnate con su misma razón, que respuesta de mí otra no habrás ni la esperes. Que por demás es ruego a quien no puede haber misericordia. Y da gracias a Dios, pues tan libre vas de esta feria. Bien me habían dicho quién tú eras y avisado de tus propiedades, aunque agora no te conocía.

Celestina (aparte).—¡Más fuerte estaba Troya, y aun otras más bravas he yo amansado! Ninguna tempestad mucho dura.

Fernando de Rojas
(Español. 1465-1541)

A partir de los años en que vivió Fernando de Rojas, ¿en qué siglo supone usted que se sitúa su obra?

¿En qué forma está escrito el texto: verso, prosa o diálogo? ¿Por qué?

¿De qué se lamenta Celestina ante Melibea?

¿Para quién pide ayuda Celestina?

¿Cómo reacciona Melibea al escuchar el nombre de Calisto?

¿De qué acusa Melibea a Celestina?

¿De qué trata de convencer Celestina a Melibea?

¿Cuál cree usted que sea la causa de que hoy a veces alguien diga la frase: "No la hagas de Celestina"? ¿Qué se quiere significar con esta expresión?

Lea el siguiente texto que es un fragmento de una famosísima novela picaresca española. En este tipo de novela, el personaje principal es el “pícaro”, un vagabundo sin oficio ni beneficio que vive en la marginación social. Conteste después las preguntas.

La vida del Lazarillo de Tormes

Tratado tercero: De cómo Lázaro se asentó con un escudero y de lo que le acaeció con él.



(...) Me senté al cabo del poyo y, porque no me tuviese por glotón, callé la merienda. Y comienza a cenar y morder en mis tripas y pan y disimuladamente miraba al desventurado señor mío, que no partía sus ojos de mis faldas, que en aquella sazón servían de plato. Tanta lástima haya Dios de mí, como yo había de él, porque sentí lo que sentía (él) y muchas veces había por ello pasado y pasaba cada día.

Pensaba si sería bien comedirme a convidarle; mas, por haberme dicho que había comido, temíame no aceptaría el convite. Finalmente, yo deseaba que aquel pecador ayudase con su trabajo el mío y se desayunase como el día antes hizo, pues había mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre.

Quiso Dios cumplir mis deseos y aun pienso que el suyo. Porque, como comencé a comer y él se andaba paseando, llegóse a mí y díjome:

—Dígotte, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia, que en mi vida vi a hombre, y que nadie te lo verá hacer, que no le pongas gana aunque no la tenga.

La muy buena que tú tienes, dije yo entre mí, te hace parecer la mía hermosa.

Con todo, parecióme ayudarle, pues se ayudaba y me abría camino para ello, y díjele:

—Señor, el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo y esta uña de vaca tan bien cocida y sazonada, que no habrá a quien no convide con su sabor.

—¿Uña de vaca es?

—Sí señor.



—Dígotte que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisán que así me sepa.

—Pues pruebe, señor, y verá qué tal está.

Pongóle en las uñas la otra y tres o cuatro racimo de pan, de lo más blanco. Y se me sentó a un lado y comienza a comer, como aquél que tenía ganas, royendo cada huesecillo que aquéllos mejor que un galgo suyo lo hiciera.

—Con almodrote, decía, es éste singular manjar.

“Con mejor salsa lo como es tú”, respondí yo quedo.

—Por Dios, que me ha sabido como si hoy no hubiera comido bocado.

¡Así me vengan los buenos años como es ello!, dije entre mí.

Pidióme el jarro del agua y díselo como lo había traído. Es señal que, pues no le faltaba el agua, no le había a mi amo sobrado la comida. Bebimos y muy contentos nos fuimos a dormir como la noche pasada.

Anónimo. (siglo XVI)

Cuestionario

¿En qué persona gramatical está escrito el texto anterior? ¿En primera persona (yo), en segunda (tú) o en tercera (él o ella)?

¿De qué habla el personaje? ¿De cosas que le sucedieron a él o a otro? Dé ejemplos.

¿Qué sentimiento hacia su amo surge en Lázaro cuando éste está comiendo?

¿Cómo describiría usted a Lázaro con base en el fragmento que leyó?

¿En qué fuente de información (libro, revista, periódico, etc.) cree usted que podría localizar más información acerca de esta obra? Busque en el tipo de fuente de información adecuada esa información y redacte un resumen a partir de los datos que reúna, en las siguientes líneas:

Lea cuidadosamente el siguiente poema perteneciente al Renacimiento español (siglo XVI), época en que la lengua española se consolida en España como lengua nacional y Garcilaso de la Vega, autor del texto que leerá a continuación, es el máximo representante de ese Renacimiento español.

Églogas (Fragmento)

A black and white illustration of a rural landscape. On the left, a large sun with rays is partially obscured by a mountain range. Several birds are shown in flight against the sky. In the foreground, a small village with several houses and a church with two towers is situated on a hillside. A winding path or stream flows through the village. The overall style is simple and illustrative.

El sol tiende los rayos de su lumbré
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente:
Cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente:
Cuál con el sol presente,
va de nuevo al oficio,
y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina:
siempre está en llanto esta ánima mezquina,
cuando las sombras el mundo va cubriendo,
o la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Garcilaso de la Vega
(Español. 1505-1536)

Cuestionario

Responda el siguiente cuestionario:

¿Cómo describe Garcilaso de la Vega a la naturaleza?

¿En qué momento del día se da esta descripción?

¿Cómo le parece el ser humano a este autor?

¿Cómo es su lenguaje: sencillo o rebuscado? ¿Por qué?

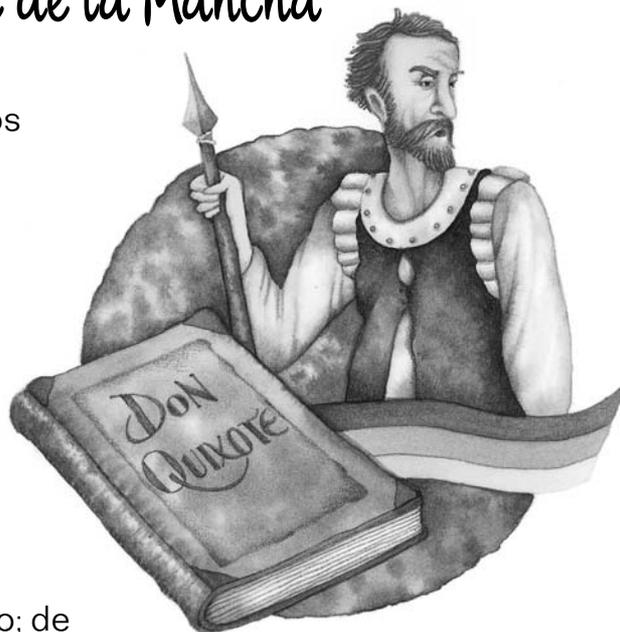
¿Cuál considera usted que era el estado de ánimo en que se encontraba el poeta?

¿En cuáles frases se nota ese estado de ánimo?

Lea y comente con sus compañeros y compañeras el siguiente fragmento de la obra cumbre de la literatura española: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Una aventura del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

...Digo que oyeron que daban unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor a cualquier otro corazón que no fuera el de don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua, con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba; añadiéndose a todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban, Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante y, embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo:

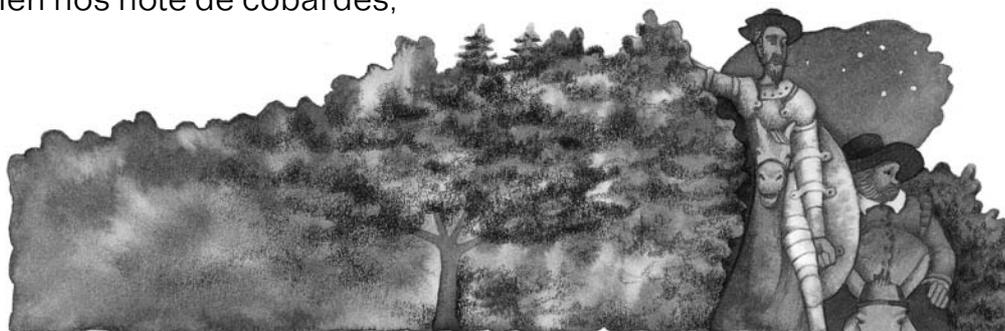


—Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce (Pares) de Francia, y los

Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que oscurezcan las más claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna y aquel incesante golpear que nos hiere y lastima los oídos; las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes a infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado a semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra. Así que aprieta un poco las cinchas a Rocinante y quédate a Dios, y espérame aquí hasta tres días no más, en los cuales si no volviere, puedes tú volverte a nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás a la incomparable señora mía Dulcinea que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó a llorar con la mayor ternura del mundo y a decirle:

–Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura; ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes;

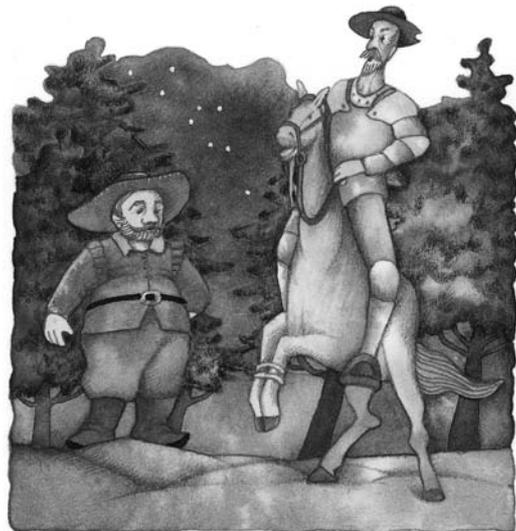


cuanto más que yo he oído muchas veces predicar al cura de nuestro lugar (que vuestra merced muy bien conoce), que quien busca el peligro perece en él; así que, no es bien tentar a Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y bastan los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima a quien quisiera llevarla...

—Falte lo que faltare —respondió don Quijote—, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningún tiempo que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía a estilo de caballero; y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas a Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, o vivo o muerto .

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo, y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día, si pudiese; y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos pies a Rocinante, de manera que cuando don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podía mover sino a saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo:

—Ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante y si vos queréis porfiar y espolear



y darle, será enojar a la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijón.

Desesperábase con esto don Quijote, y por más que ponía las piernas al caballo, menos le podía mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, o a que amaneciese, o a que Rocinante se menease, creyendo, sin duda, que aquello venía de otra parte que la industria de Sancho, y así le dijo:

—Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar a que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir.

—No hay que llorar —respondió Sancho—, que yo entretendré a vuestra merced contando cuentos de aquí al día, si ya no es que se quiera apearse, y echarse a dormir un poco sobre la verde hierba a uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

—¿A qué llamas apearse, o a qué dormir? —dijo don Quijote—. ¿Soy yo por aventura de aquellos caballeros que tomasen reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, o haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que más viene con mi pretensión.

—No se enoje vuestra merced, señor mío —respondió Sancho—, que no lo dije por tanto.

Y llegándose a él, puso la una mano en el arzón delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar de él un dedo: tal era el miedo que tenía a los golpes... que todavía alternativamente sonaban.

Miguel de Cervantes Saavedra
(Español. 1547-1616)

Cuestionario

¿Cómo describiría usted a don Quijote y a Sancho Panza? Haga una breve descripción física y moral de ellos por escrito o de manera oral.

¿Qué intenta demostrar don Quijote? ¿Cuáles son sus ideales? Explíquelos en forma oral o escrita.

¿Por qué se dice que Sancho simboliza la realidad, la vida práctica? Anote alguna frase que muestre la realidad en la que se mueve Sancho.

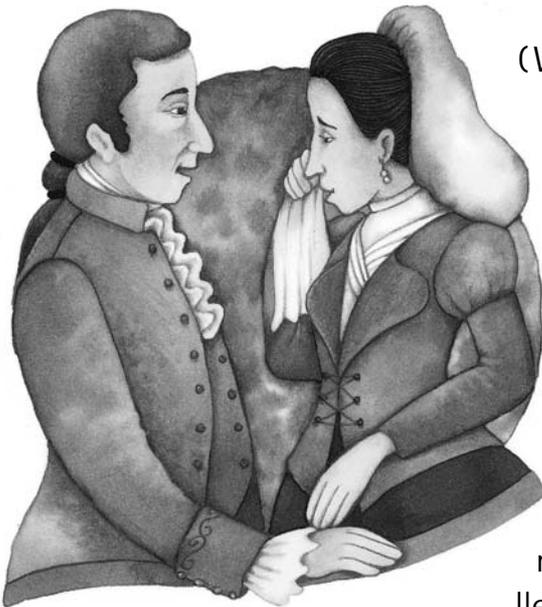
¿Cuál es la relación que existe entre don Quijote y Sancho? ¿Cree usted que son amigos, que sienten afecto uno por el otro, o bien, que hay burla en Sancho ante las actitudes de su amo al que cree loco?

Lea el fragmento que a continuación le ofrecemos de una de las obras de teatro más conocidas del dramaturgo español del siglo XVIII: Fernández de Moratín, autor de la obra *El sí de las niñas*, a la que pertenece el fragmento que leerá en seguida. Responda después el cuestionario.

Acto III, Escena VIII

El sí de las niñas

Don Diego, Doña Francisca



(Vase iluminando lentamente la escena, suponiendo que viene la luz del día.)

Doña Francisca: Y ¿qué motivos le he dado a usted para tales desconfianzas?

Don Diego: ¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra unión, si su madre de usted sigue aprobándola y llega el caso de ...

Doña Francisca: Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

Don Diego: ¿Y después, Paquita?

Doña Francisca: Después..., y mientras me dure la vida, seré mujer de bien.

Don Diego: Eso no lo puedo yo dudar. Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y amigo,

dígame usted: esos títulos, ¿no me dan algún derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de *emplearme todo* en su consuelo, en mejorar sus suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

Doña Francisca: ¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

Don Diego: ¿Por qué?

Doña Francisca: Nunca diré por qué.

Don Diego: Pero ¡qué obstinado, qué imprudente silencio!... Cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

Doña Francisca: Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si, en efecto, lo sabe usted, no me lo pregunte.

Don Diego: Bien está. Una vez que no haya nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos a Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

Doña Francisca: Y daré gusto a mi madre.

Don Diego: Y vivirá usted infeliz.

Doña Francisca: Ya lo sé.

Don Diego: Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien a una niña: enseñarla a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una páfida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, o en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que

no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que más desean, con tal que se presten a pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas, y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

Doña Francisca: Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aflicción es mucho más grande.

Don Diego: Sea cual fuere, hija mía, es menester que usted se anime... Si la ve su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

Doña Francisca: ¡Dios mío!

Don Diego: Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginación las pinta... ¡Mire usted qué desorden éste! ¡Qué agitación! ¡Qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así..., con cierta serenidad y...? ¿Eh?

Doña Francisca: Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿a quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasión de esta desdichada?

Don Diego: Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase..., ¡criatura!..., en la situación dolorosa en que la veo?

Leandro Fernández de Moratín
(Español. 1760-1828)

Cuestionario

¿Cuál es el *lugar* en dónde se desarrolla la acción del fragmento leído?

¿Cuál es la *acción* que se desarrolla, es decir, qué es lo que sucede? Descríbala brevemente.

¿Cuánto dura, aproximadamente, lo que se representa en el fragmento leído, esto es, cuál es el *tiempo* real en el que se desarrolla el episodio?

¿Cuál es el *propósito moralizante* de Fernández de Moratín, es decir, qué nos quiere enseñar o qué mensaje pretende dejar a los lectores en esta obra?

¿Qué opina usted del comportamiento de doña Paquita y de don Diego?

¿Qué relación encuentra usted entre el título de la obra *El sí de las niñas* y el argumento de ésta, es decir, de lo que trata? Explíquelo por escrito.



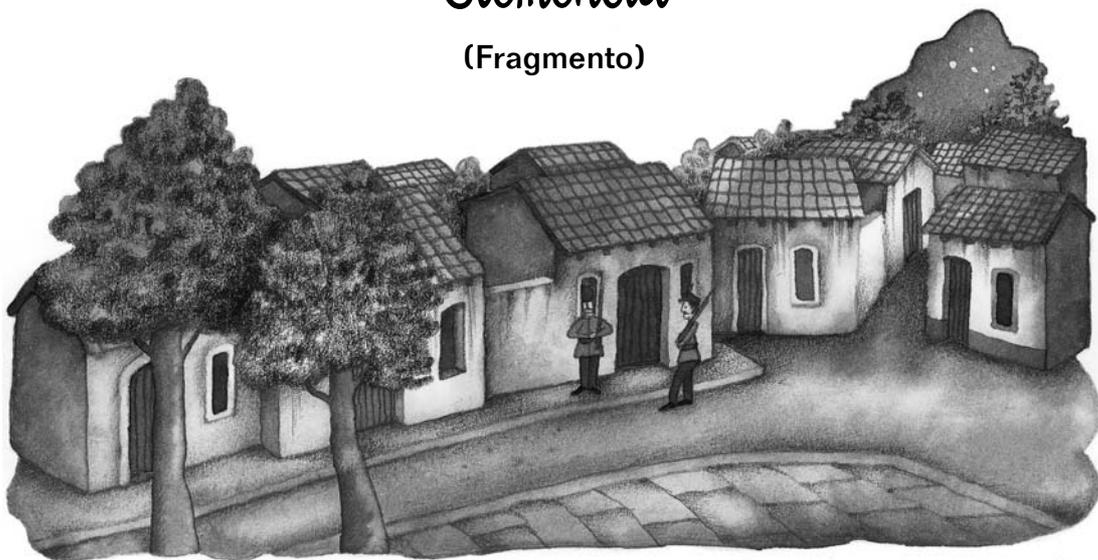
Antología

Literatura mexicana e hispanoamericana
de los siglos XIX al XX

Lea cuidadosamente el siguiente fragmento de la novela *Clemencia*, cuyo autor, Ignacio Manuel Altamirano, es uno de los escritores románticos mexicanos que más favoreció en México la producción de una literatura nacionalista. Responda después las preguntas que se le plantean.

Clemencia

(Fragmento)



A las once de la noche, Colima estaba en un profundo silencio, sólo interrumpido de rato en rato por el grito de los centinelas de la plaza y de los cuarteles, y por los gritos melancólicos de los guardas nocturnos.

Enrique velaba en su capilla, abatido y lleno de terror. Tenía la fiebre que acomete a los reos de muerte cuando no tienen la fortuna de contar con un corazón templado y un alma estoica.

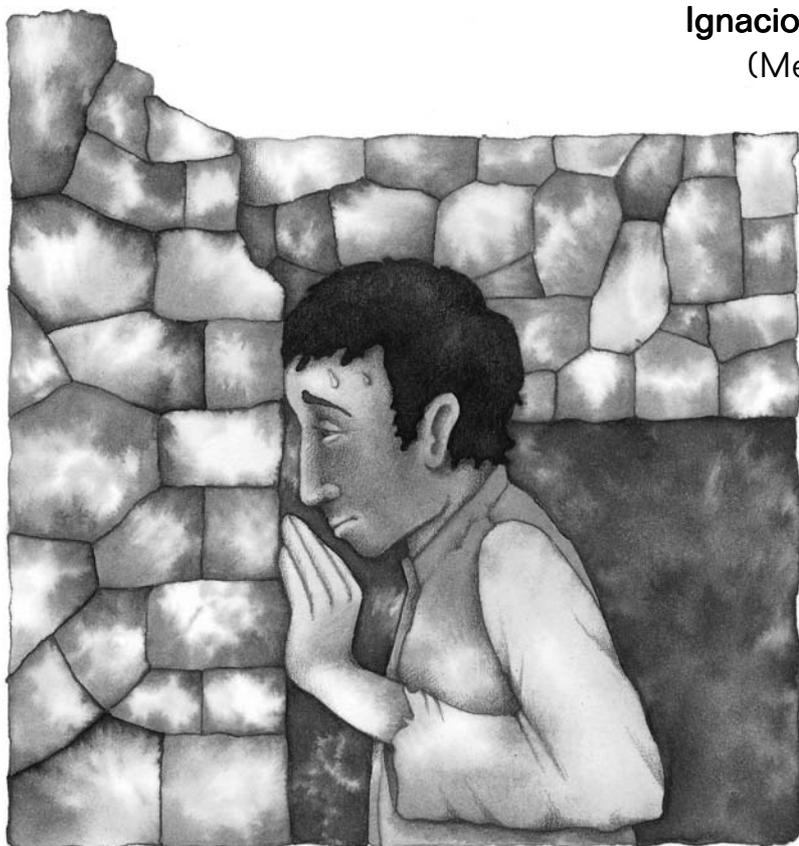
Aquel joven y brillante calavera había sido soldado más bien por vanidad que por organización, y aunque no se contaba de él ningún rasgo de valor, si no había avergonzado al ejército en algunas batallas a que había asistido, era porque siempre había procurado, con maña, esquivar los peligros más serios, sin por eso dar lugar a que se creyese que los huía.

Pero Enrique Flores no era de esos hombres que sonríen al ver acercarse la muerte. Gastado por los placeres de una vida sibarítica, no tenía en compensación esa fuerza de acero que no se destruye jamás en el espíritu de los valientes, y que no se subordina nunca a los nervios.

Sin creencias de ninguna especie, carecía también de la energía de la fe, que da la justicia de una causa, que da el amor a la gloria. Él no había tenido más que ambición, y la ambición sólo sirve para sostener la audacia en los caminos de la fortuna; pero cuando está sola no sirve de nada en los negros momentos de la adversidad, y mucho menos en presencia de la muerte.

Enrique estaba desfallecido. Su corazón estaba próximo a estallar, como el de un niño o el de una mujer; no había allí el aliento de un hombre.

Ignacio Manuel Altamirano
(Mexicano. 1834-1893)



Cuestionario

¿Cómo define el autor al personaje Enrique Flores?

¿Qué significa tener «un corazón templado y un alma estoica»? ¿Por qué Enrique no tiene estas cualidades?

¿Qué es la ambición, según Altamirano? ¿Por qué no nos sirve en los momentos de adversidad?

¿Para qué debe tener un hombre energía, de acuerdo con lo que dice el autor?

¿Cómo se describe al personaje: física, intelectual o moralmente? Ejemplifique.

¿Cuál de las descripciones anteriores le parece más difícil de realizar? ¿Por qué?

¿Sabe quién fue Ignacio Manuel Altamirano? Si no lo sabe, investigue acerca de este escritor y anote algunos datos acerca de él en las siguientes líneas:

Lea los siguientes versos del poema *Martín Fierro* de José Hernández, escritor argentino que representa a la poesía romántica gauchesca, y responda después las preguntas del cuestionario.

El moreno



(1)

Yo no soy, señores míos,
sino un pobre guitarrero;
pero doy gracias al cielo
porque puedo, en la ocasión,
toparme con un cantor
que experimente a este negro.

(2)

Yo también tengo algo blanco,
pues tengo blancos los dientes;
sé vivir entre las gentes
sin que me tengan en menos:
quien anda en pagos ajenos
debe ser manso y prudente.



(3)

Mi madre tuvo diez hijos,
los nueve muy regulares;
tal vez por eso me ampare
la Providencia divina:
en los güevos de gallina
el décimo es el más grande.

(4)

El negro es muy amoroso,
aunque de esto no hace gala;
nada a su cariño iguala
ni a su tierna voluntá:
es lo mesmo que el macá
cría los hijos bajo el ala.

(5)

Pero yo he vivido libre
y sin depender de naiden;
siempre he cruzado a los aires
como el pájaro sin nido;
cuanto sé lo he aprendido
porque me lo enseñó un flaire.

(6)

Y sé como cualquier otro
el porqué retumba el trueno,
por qué son las estaciones
del verano y del invierno;
sé también de dónde salen
las aguas que caen del cielo.

(7)

Yo sé lo que hay en la tierra,
en llegando al mismo centro;
en donde se encuentra el oro,
en donde se encuentra el fierro,
y en donde viven bramando
los volcanes que echan juego.

(8)

Yo sé del fondo del mar
donde los pejes nacieron;
yo sé por qué crece el árbol,
y por qué silban los vientos;
cosas que ignoran los blancos
las sabe este pobre negro.

José Hernández
(Argentino. 1834-1886)

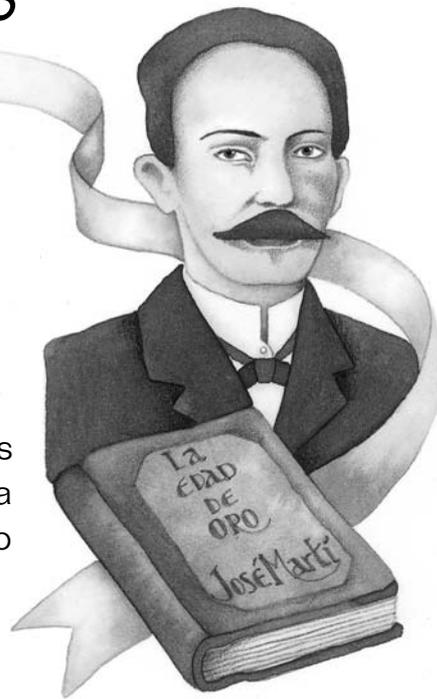


Lea el siguiente texto en prosa de José Martí, poeta y luchador cubano, cuya obra poética se caracteriza por la sencillez y claridad de estilo. El texto que leerá está tomado de su revista *La edad de oro*. Conteste después el cuestionario.

Tres héroes

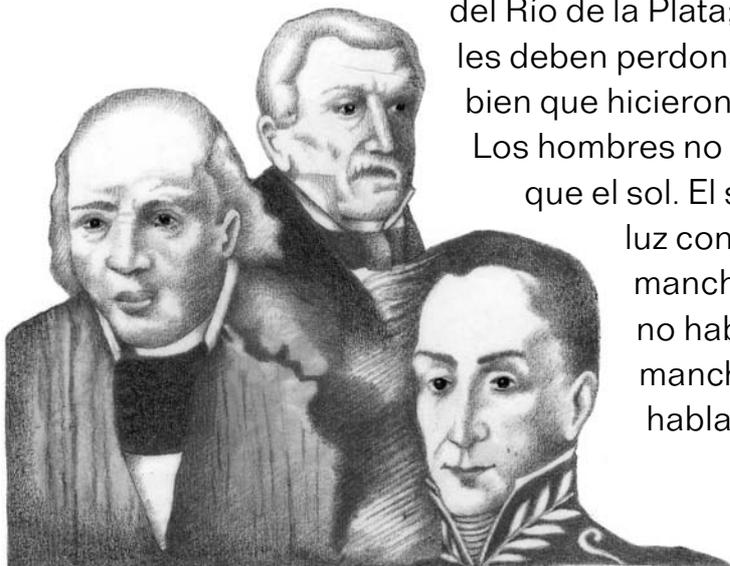
Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como un padre. A Bolívar y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

Libertad es el derecho que todo hombre tienen a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde



que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso; la llama del Perú se echa en tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe por lo menos ser tan decoroso como el elefante y la llama. En América se vivía antes de la libertad como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga, o morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Éstos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos tres hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México. Se les deben perdonar sus errores, porque el bien que hicieron fue más que sus faltas. Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.



José Martí
(Cubano. 1853-1895)

Cuestionario

¿A quiénes dirige Martí el texto que usted acaba de leer?

¿Cuál es la finalidad del autor al escribir este texto? ¿Enseñar la virtud esencial a la que deben aspirar las personas o hacer una historia de América?

¿En qué consiste la honradez, según Martí, y con qué la asocia?

¿Cuál es la virtud esencial que encuentra Martí en los tres libertadores de América?

¿Sabe quién fue José Martí? Anote algunos datos biográficos de este escritor. Si no lo sabe, investigue en fuentes de información.

¿Conoce el poema *Cultivo una rosa blanca* y los *Versos sencillos* de José Martí? Búsquelos en alguna antología de este poeta, o bien, en un libro de literatura y escriba en las siguientes líneas uno de los dos poemas.

Lea el siguiente fragmento de la novela *Zalacaín, el aventurero*, del escritor español Pío Baroja, representante de la Generación del 98, en la que se agruparon escritores españoles que produjeron su obra literaria en el siglo XIX. Responda después el cuestionario.

Donde se habla del viejo cínico Miguel de Tellagorri



Algunas veces, cuando su madre enviaba por vino o por sidra a la taberna de Arcale a su hijo Martín, le solía decir:

—Y si te encuentras al viejo Tellagorri, no le hables, y si te dice algo, respóndele a todo que no.

Tellagorri, tío-abuelo de Martín, hermano de la madre de su padre, era un hombre flaco, de nariz enorme y ganchuda, pelo gris, ojos grises y la pipa de barro siempre en la boca. Punto fuerte en la taberna de Arcale, tenía allí su centro de operaciones, allí peroraba, discutía y mantenía vivo el odio latente que hay entre los campesinos por el propietario.

Vivía el viejo Tellagorri con una porción de pequeños recursos que él se agenciaba y tenía mala fama entre las personas pudientes del pueblo. Era en el fondo un hombre de rapiña, alegre y jovial, buen bebedor, buen amigo, y en el interior de su alma bastante violento para pegarle un tiro a uno o para incendiar el pueblo entero.

La madre de Martín presintió que, dado el carácter de su hijo, terminaría haciéndose amigo de Tellagorri, a quien ella consideraba como un hombre siniestro. Efectivamente, así fue; el mismo día en que el viejo supo la paliza que su sobrino había adjudicado al joven Ohando, le tomó bajo su protección y comenzó a iniciarle en su vida.

El mismo señalado día en que Martín disfrutó de la amistad de Tellagorri, un perro chiquito, feo, contagiado hasta tal punto con las ideas, precauciones y mañas de su amo, que era como él: ladrón, astuto, vagabundo, viejo, cínico, insociable e independiente. Además, participaba del odio de Tellagorri por los ricos, cosa rara en un perro. Si Marqués entraba alguna vez en la iglesia era para ver si los chicos habían dejado en el suelo de los bancos donde se sentaban algún mendrugo de pan, no por otra cosa. No tenía veleidades místicas. A pesar de su título aristocrático, Marqués no simpatizaba ni con el clero ni con la nobleza. Tellagorri le llamaba siempre Marquesch, alteración que en vasco parece más cariñosa.

Tellagorri poseía un huertecillo que no valía nada, según los inteligentes, en el extremo opuesto de su casa, y para ir a él le era indispensable recorrer todo el balcón de la muralla. Muchas veces le propusieron comprarle el huerto, pero él decía que le venía de familia y que los higos de sus higueras eran tan excelentes, que por nada del mundo vendería aquel pedazo de tierra.

Todo el mundo creía que conservaba el huertecillo para tener derecho de pasar por la muralla y robar, y esta opinión no se hallaba, ni mucho menos, alejada de la realidad.

Cuando Tellagorri tomó por su cuenta a Martín, le enseñó toda su ciencia. Le explicó la manera de acogotar una gallina sin que alborotase; le mostró la manera



de coger los higos y las ciruelas de las huertas sin peligro de ser visto, y le enseñó a conocer las setas buenas de las venenosas por el color de la hierba en donde se crían.

Tellagorri era un sabio; nadie conocía la comarca como él; nadie dominaba la geografía del río Ibaya, la fauna y la flora de sus orillas y de sus aguas como este viejo cínico.

Guardaba, en los agujeros del puente romano, su aparejo y su red para cuando la veda; sabía pescar al martillo, procedimiento que se reduce a golpear algunas losas del fondo del río y luego a levantarlas, con lo que quedan las truchas que han estado debajo inmóviles y aletargadas.

Sabía cazar los peces a tiros...; pero no empleaba nunca la dinamita, porque, aunque vagamente, Tellagorri amaba la naturaleza y no quería empobrecerla.

Le gustaba también a este viejo embromar a la gente: decía que nada gustaba tanto a las nutrias como un periódico con buenas noticias y aseguraba que si se dejaba un papel a la orilla del río, estos animales salen a leerlo; contaba historias extraordinarias de la inteligencia de los salmones y de otros peces. Para Tellagorri los perros, si no hablaban, era porque no querían, pero él los consideraba con tanta inteligencia como una persona.

Tellagorri lo tenía como acompañante para todo, menos para ir a la taberna: allí no le quería a Martín. Al anochecer solía decirle, cuando él iba a perorar al parlamento de casa de Arcale:

—Anda, vete a mi huerta y coge unas peras de allí del rincón, y llévatelas a casa. Mañana me darás la llave.

Y le entregaba un pedazo de hierro que pesaba media tonelada, por lo menos.

Martín recorría el balcón de la muralla. Así sabía que en casa de tal habían plantado alcachofas, y en la de cual, judías. El ver las huertas y

las casas ajenas desde lo alto de la muralla, y el contemplar los trabajos de los demás, iba dando a Martín cierta inclinación a la filosofía y al robo.

Como en el fondo el joven Zalacaín era agradecido y de buena pasta, sentía por su viejo mentor un gran entusiasmo y un gran respeto. Tellagorri lo sabía, aunque daba a entender que lo ignoraba; pero, en buena reciprocidad, todo lo que comprendía que le gustaba al muchacho o servía para su educación, lo hacía, si estaba en su mano.

Pío Baroja
(Español. 1872-1956)

Cuestionario

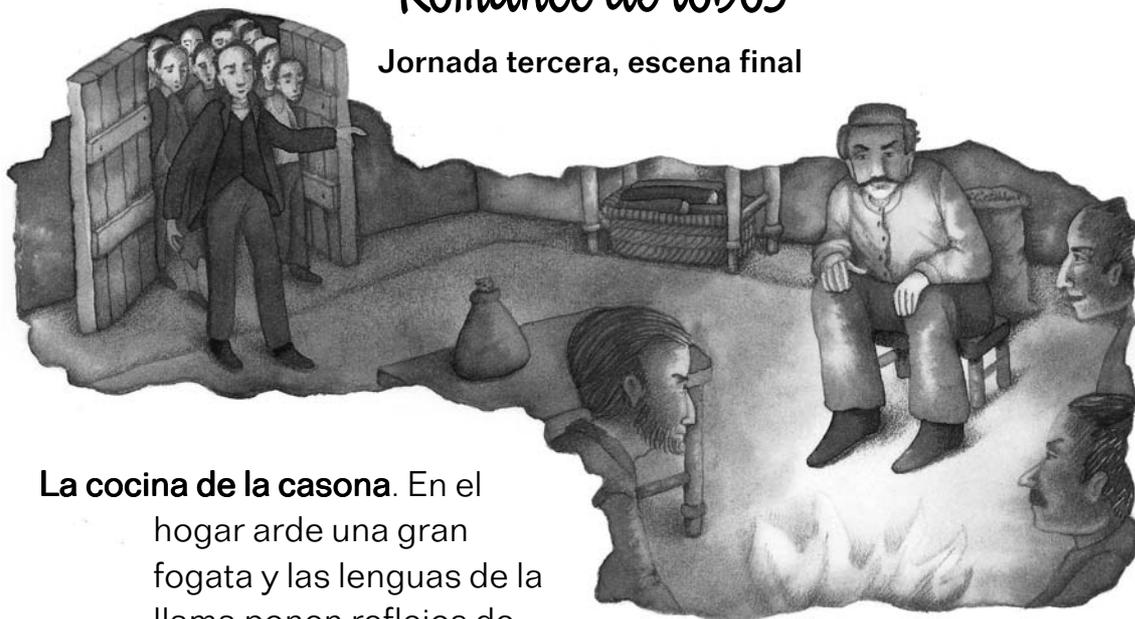
¿Quién es el que narra lo que sucede? ¿Es un personaje de la novela o es “alguien” que sin ser personaje de ella, sabe todo acerca de los personajes? Explique.

Localice dos ejemplos de descripción y transcribalos en las siguientes líneas:

Lea el siguiente fragmento de la tragedia *Romance de lobos* del escritor español Ramón María del Valle Inclán, representante también, como Pío Baroja, de la Generación del 98. Responda después el cuestionario.

Romance de lobos

Jornada tercera, escena final



La cocina de la casona. En el hogar arde una gran fogata y las lenguas de la llama ponen reflejos de sangre en los rostros. Los cuatro segundones aparecen sobre el fondo oscuro de una puerta, cuando la cocina es invadida por la hueste clamorosa que sigue al **Caballero**.

El Caballero. ¿Soy un muerto que deja la sepultura para maldeciros?

Don Farruquiño. ¡Padre, tengamos paz!

Don Rosendo. ¡Fuera de aquí toda esa gente!

El Caballero. ¡Son mis verdaderos hijos! ¡Para ellos os pedí una limosna y hallé cerrada la puerta!

Don Mauro. ¡Y la tiene franca!

El Caballero. ¡Llego para hacer una gran justicia, porque vosotros no sois mis hijos... ¡Sois hijos de Satanás!

Don Farruquiño. Entonces somos bien hijos de don Juan Manuel Montenegro.

El Caballero. ¡Ay, yo he sido un gran pecador, y mi vida una noche negra de rayos y de truenos!... ¡Por eso a mi vejez me veo tan castigado!... ¡Dios, para humillar mi soberbia, quiso que en aquel vientre de mujer santa engendrarse monstruos Satanás!... ¡Siento que mis horas están contadas, pero aún tendré tiempo para hacer una gran justicia! ¡Vuelvo aquí para despojaros, como a ladrones, de los bienes que disfrutáis por mí! ¡Dios me alarga la vida para que pueda arrancarlos de vuestras manos infames y repartirlos entre mis verdaderos hijos! ¡Salid de esta casa, hijos de Satanás!

A las palabras del viejo linajudo, los cuatro segundones responden con una carcajada, y la hueste que le sigue calla suspensa y religiosa. **El Caballero** adelanta algunos pasos, y los cuatro mancebos le rodean con bárbaro y cruel vocerío, y le cubren de lodo con sus mofas.

Don Mauro. ¡Hay que dormirla, señor don Juan Manuel!

Don Rosendo. ¿Dónde la hemos cogido, padre?

Don Gonzalito. ¡Buen sermón para Cuaresma!

Don Farruquiño. ¡No mezclemos en estas burlas las cosas sagradas!

Don Rosendo. ¿Dónde hay una cama?

Don Mauro. Vosotros, los verdaderos hijos, salid, si no queréis que os eche los perros. ¡Pronto! ¡Fuera de aquí! ¡A pedir por los caminos! ¡A robar en la cercas! ¡A espiojarse al sol!

El segundón atropella a los mendigos y los estruja contra la puerta con un impulso violento y fiero, que acompañan voces de gigante. La hueste se arrecada con una queja humilde. Pegada a los quicios inicia la retirada, se dispersa con un murmullo de cobardes oraciones. **El Caballero** interpone su figura resplandeciente de nobleza. Los ojos llenos de furias y demencias, y en el rostro la altivez de un rey y la palidez de un Cristo. Su mano abofetea la faz del segundón. Las llamas del hogar ponen su reflejo sangriento, y el segundón, con un aullido, hunde la maza de su puño sobre la frente del viejo vinculero que cae con el rostro contra la tierra. La hueste de siervos se yergue con un gemido y con él se abate, mientras los ojos se hacen más sombríos en el grupo pálido de los mancebos. Y de pronto se ve crecer la sombra del leproso, poner sus manos sobre la garganta del segundón, luchar abrazados, y los albos dientes de lobo y la boca llagada, morderse y escupirse. Abrazados, caen entre las llamas del hogar. Transfigurado, envuelto en ellas, hermoso, como un arcángel, se levanta **El pobre de San Lázaro**.

El pobre de San Lázaro. ¡Era nuestro padre!

La voz de todos. ¡Era nuestro padre! ¡Era nuestro padre!

La voz de los hijos. ¡Malditos estamos! ¡Y metidos en un pleito para veinte años!



Ramón María del Valle Inclán
(Escritor español)

Lea a continuación un fragmento de uno de los poemas más conocidos de Ramón López Velarde, poeta zacatecano:
La suave patria.

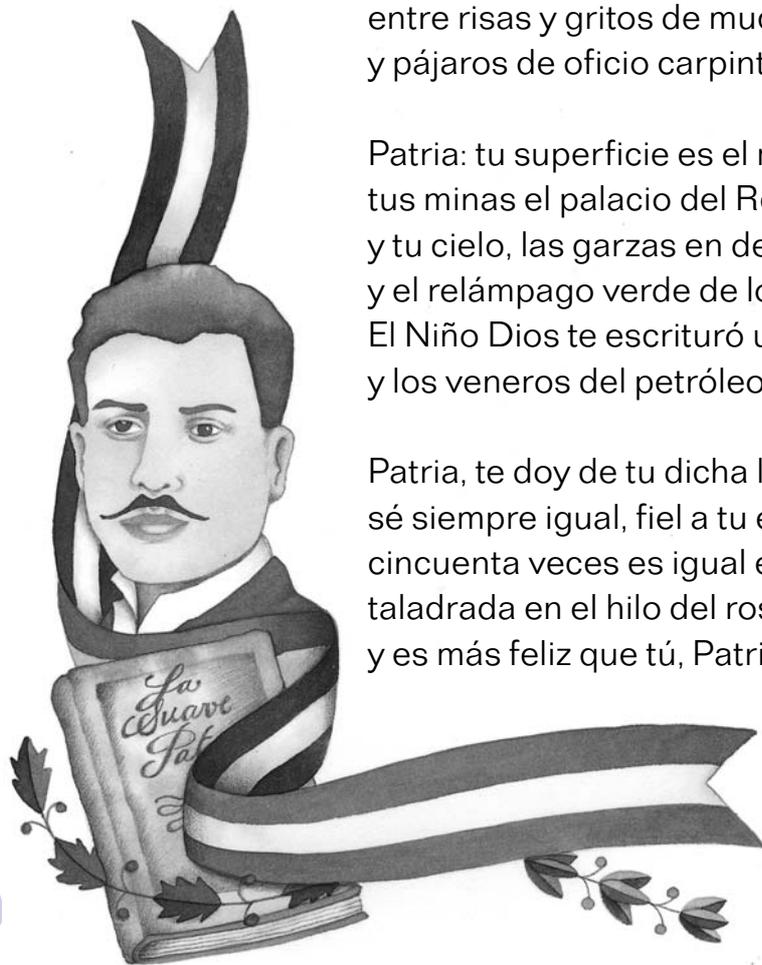
La suave patria

Suave Patria: permite que te envuelva
en la más honda música de selva
con que me modelaste por entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas
y pájaros de oficio carpintero.

Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el palacio del Rey de Oros,
y tu cielo, las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros.
El Niño Dios te escrituró un establo
y los veneros del petróleo el diablo.

Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual el Ave
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, Patria suave.

Ramón López Velarde
(Mexicano. 1888-1921)



Cuestionario

¿Cómo se imagina el autor que es la Patria, de acuerdo con la primera estrofa?

¿Dónde podríamos ubicar geográficamente una región como la que se describe en esa misma estrofa: en el norte, en el altiplano o en el sur del país? ¿Por qué?

¿Qué es la Patria para López Velarde? ¿Cuáles son sus rasgos distintivos? ¿Qué la caracteriza? ¿Estos rasgos son representativos de todas las regiones del país? ¿Por qué?

¿Cuál es la clave, según el autor, para que la Patria sea feliz? ¿Usted qué opina, está de acuerdo? ¿Por qué?

Lea el siguiente poema del poeta peruano César Vallejo, hombre que se caracterizó por solidarizarse con los movimientos proletarios y cuya poesía refleja una profunda soledad. Después responda al cuestionario.

Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!

Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como un charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé!



César Vallejo
(Peruano. 1893-1938)

Cuestionario

¿Qué nos dice César Vallejo en su poema?

¿Cómo podríamos explicar, con nuestras palabras: *como si ante ellos, la resaca de todo lo sufrido se empozara en el alma...*?

¿Qué quiere decirnos el poeta al expresar: *Esos golpes sangrientos son las crepitaciones de algún pan que en la puerta del horno se nos quema*? Explíquelo con sus propias palabras.

¿Qué sentimiento se refleja en el poema de César Vallejo?

¿Le agradó el poema de este escritor? ¿Por qué?

Lea el siguiente poema de Federico García Lorca, quien perteneció a la llamada Generación de 1927, en la que se agruparon varios poetas españoles. Conteste después el cuestionario.

Romance de la luna, luna



La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.

En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.

—Huye, luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.

—Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.

—Huye, luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
—Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua, el niño
tiene los ojos cerrados.

Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.

Cómo canta la zumaya,
¡ay, cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela,
el aire la está velando.

Federico García Lorca
(Español. 1898-1936)

Cuestionario

¿Cómo describe la luna el poeta? Dígalo usted con sus palabras.

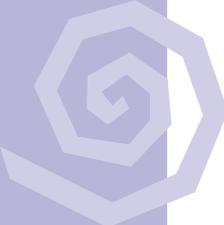
¿Cuáles son las estrofas que le gustaron más? ¿Por qué?

Lea el siguiente poema de Xavier Villaurrutia, poeta que formó parte del grupo llamado de los "Contemporáneos", integrado por magníficos poetas mexicanos como Carlos Pellicer, José Gorostiza y Jaime Torres Bodet, entre otros.

Nocturno en que habla la muerte



Si la muerte hubiera venido aquí, a New Haven,
escondida en un hueco de mi ropa en la maleta,
en el bolsillo de uno de mis trajes,
entre las páginas de un libro
como la señal que ya no me recuerda nada;
si mi muerte particular estuviera esperando
una fecha, un instante que sólo ella conoce
para decirme: "Aquí estoy.
Te he seguido como la sombra
que no es posible dejar así nomás en casa;
como un poco de aire cálido e invisible
mezclado al aire duro y frío que respiras;
como el recuerdo de lo que más quieres;
como el olvido, sí, como el olvido
que has dejado caer sobre las cosas
que no quisieras recordar ahora.



Y es inútil que vuelvas la cabeza en mi busca:
estoy tan cerca que no puedes verme,
estoy fuera de ti y a un tiempo dentro.
Nada es el mar que como un dios quisiste
poner entre los dos;
nada es la tierra que los hombre miden
y por la que matan y mueren;
ni el sueño en que quisieras creer que vives
sin mí, cuando yo misma lo dibujo y lo borro;
ni los días que cuentas
una vez y otra vez a todas horas,
ni las horas que matas con orgullo
sin pensar que renacen fuera de ti.
Nada son estas cosas ni los innumerables
lazos que me tendiste,
ni las infantiles argucias con que has querido dejarme
engañada, olvidada.
Aquí estoy, ¿no me sientes?
Abre los ojos; ciérralos, si quieres.”

Y me pregunto ahora,
si nadie entró en la pieza contigua,
¿quién cerró cautelosamente la puerta?
¡Qué misteriosa fuerza de gravedad
hizo caer la hoja de papel que estaba en la mesa?
¿Por qué se instala aquí, de pronto, y sin que yo la invite,
la voz de una mujer que habla en la calle?

Y al oprimir la pluma,
algo como la sangre late y circula en ella,
y siento que las letras desiguales
que escribo ahora,
más pequeñas, más trémulas, más débiles,
ya no son de mi mano solamente.

Xavier Villaurrutia
(Mexicano. 1903-1950)

Cuestionario

¿Cuál es el tema en este poema?

¿Cómo se relaciona en este poema el autor con la muerte? ¿La ve como su acompañante o como su amada?

¿Quién es la mujer que le habla al poeta?

¿Cuál es la condición o el supuesto del que parte Villaurrutia para hacer que le hable la muerte, es decir, qué le da pie para imaginarse que la muerte se dirige a él?

¿Cuáles son algunas cosas que le reprocha la muerte al poeta?

¿Qué sensación le deja al poeta la presencia de esa mujer que se dirigió a él?

¿Le agradó el poema de Villaurrutia? ¿Por qué?

Lea cuidadosamente el siguiente fragmento de *Los pasos perdidos*, de Alejo Carpentier, escritor contemporáneo cubano, y responda las preguntas del cuestionario:

Los pasos perdidos

(fragmento)

Silencio es palabra de mi vocabulario. Habiendo trabajado la música, la he usado más que los hombres de otros oficios. Sé cómo puede especularse con el silencio; cómo se le mide y encuadra. Pero ahora, sentado en esta piedra, vivo el silencio; un silencio venido de tan lejos, espeso de tantos silencios, que en él cobraría la palabra un fragor de creación. Si yo dijera algo, si yo hablara a solas, como a menudo hago, me asustaría a mí mismo. Los marineros han quedado abajo, en la orilla, cortando pasto para los toros sementales que viajan con nosotros. Sus voces no me alcanzan. Sin pensar en ellos, contemplo esta llanura inmensa, cuyos límites se disuelven en un leve oscurecimiento circular del cielo.

Alejo Carpentier
(Cubano. 1904-1980)



Cuestionario

El protagonista, que es músico, nos habla del silencio. ¿Por qué cree usted que él esté más familiarizado con el silencio que otras personas dedicadas a otros oficios?

¿Cómo es el silencio para Alejo Carpentier?

¿Le gustó la forma en que describe el silencio Carpentier? ¿Por qué?

Lea el siguiente cuento del escritor mexicano Juan José Arreola, y conteste después las preguntas del cuestionario.

Pueblerina

Al volver la cabeza sobre el lado derecho para dormir el último, breve y delgado sueño de la mañana, don Fulgencio tuvo que hacer un gran esfuerzo y empitonó la almohada. Abrió los ojos. Lo que hasta entonces fue una blanda sospecha, se volvió certeza puntiaguda.



Con un poderoso movimiento del cuello don Fulgencio levantó la cabeza, y la almohada voló por los aires. Frente al espejo, no pudo ocultarse su admiración, convertido en un soberbio ejemplar de rizado testuz* y espléndidas agujas. Profundamente insertados en la frente, los cuernos eran blanquecinos en su base, jaspeados a la mitad, y de un negro aguzado en los extremos.

Lo primero que se le ocurrió a don Fulgencio fue ensayarse el sombrero. Contrariado, tuvo que echarlo hacia atrás: eso le daba un aire de cierta fanfarronería.

Como tener cuernos no es una razón suficiente para que un hombre metódico interrumpa el curso de sus acciones, don Fulgencio emprendió la tarea de su ornato personal, con minucioso esmero, de pies a cabeza. Después de lustrarse los zapatos, don Fulgencio cepilló ligeramente sus cuernos, ya de por sí resplandecientes.

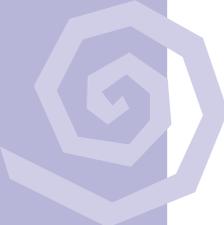
Su mujer le sirvió el desayuno con tacto exquisito. Ni un solo gesto de sorpresa, ni la más mínima alusión que pudiera herir al marido noble y pastueño.* Apenas si una leve y temerosa mirada revoloteó un instante, como sin atreverse a posar en las afiladas puntas.

El beso en la puerta fue como el dardo de la divisa. Y don Fulgencio salió a la calle respingando, dispuesto a arremeter contra su nueva vida. Las gentes lo saludaban como de costumbre, pero al cederle la acera un jovenzuelo, don Fulgencio adivinó un esguince* lleno de torería. Y una vieja que volvía de misa le echó una de esas miradas estupendas, insidiosa* y desplegada como una larga serpiente. Cuando quiso ir contra ella el ofendido, la lechuza entró en su casa como el diestro detrás de un burladero. Don Fulgencio se dio un golpe contra la puerta, cerrada inmediatamente, que le hizo ver las estrellas. Lejos de ser una apariencia, los cuernos tenían que ver con la última derivación de su esqueleto. Sintió el choque y la humillación hasta en la punta de los pies.

Afortunadamente, la profesión de don Fulgencio no sufrió desdoro ni decadencia. Los clientes acudían a él entusiasmados, porque su agresividad se hacía cada vez más patente en el ataque y la defensa. De lejanas tierras venían los litigantes a buscar el patrocinio de un abogado con cuernos.

Pero la vida tranquila del pueblo tomó a su alrededor un ritmo agobiante de fiesta brava, llena de broncas y herraderos. Y don Fulgencio embestía a diestro y siniestro, contra todos, por quítame allá estas pajas. A decir verdad, nadie le echaba sus cuernos en cara, nadie se los veía siquiera.

Pero todos aprovechaban la menor distracción para ponerle un buen par de banderillas; cuando menos, los más tímidos se conformaban con hacerle unos burlescos* y coloridos galleos.* Algunos caballeros de estirpe* medieval no desdeñaban* la ocasión de colocar a don Fulgencio un buen puyazo,* desde sus engreídas* y honorables alturas. Las serenatas del domingo y las fiestas nacionales daban motivo para improvisar ruidosas capeas* populares a base de don Fulgencio, que achuchaba,* ciego de ira, a los más atrevidos lidiadores.



Mareado de verónicas,* faroles* y revolveras,* abrumado con desplantes, muletazos y pases de castigo, don Fulgencio llegó a la hora de la verdad lleno de resabios* y peligrosos derrotes,* convertido en una bestia feroz. Ya no lo invitaban a ninguna fiesta ni ceremonia pública, y su mujer se quejaba amargamente del aislamiento en que la hacía vivir el mal carácter de su marido.

A fuerza de pinchazos, varas y garapullos,* don Fulgencio disfrutaba sangrías cotidianas y pomposas* hemorragias dominicales. Pero todos los derrames se le iban hacia dentro, hasta el corazón henchido de rencor.

Su grueso cuello de Miura* hacía presentir el instantáneo fin de los pletóricos.* Rechoncho y sanguíneo, seguía embistiendo en todas direcciones, incapaz de reposo y de dieta. Y un día que cruzaba la Plaza de Armas, trotando a la querencia,* don Fulgencio se detuvo y levantó la cabeza azorado,* al toque de un lejano clarín. El sonido se acercaba, entrando en sus orejas como una tromba ensordecedora. Con los ojos nublados, vio abrirse a su alrededor un coso* gigantesco; algo así como un Valle de Josafat lleno de prójimos con trajes de luces. La congestión se hundió luego en su espina dorsal, como estocada hasta la cruz. Y don Fulgencio rodó patas arriba sin puntilla.

A pesar de su profesión, el notorio abogado dejó su testamento en borrador. Allí expresaba, en un sorprendente tono de súplica, la voluntad postrera* de que al morir le quitaran los cuernos, ya fuera a serrucho, ya a cincel y martillo. Pero su conmovedora petición se vio traicionada por la diligencia de un carpintero oficioso, que le hizo el regalo de un atáud especial, provisto de dos vistosos añadidos laterales.

Todo el pueblo acompañó a don Fulgencio en el arrastre, conmovido por el recuerdo de su bravura. Y a pesar del apogeo luctuoso de las ofrendas, las exequias* y las tocas* de la viuda, el entierro tuvo un no sé qué de jocunda* y risueña mascarada.*

Juan José Arreola
(Mexicano. 1918)

Cuestionario

¿Qué significan las palabras marcadas con asterisco (*)? Si no lo sabe, consulte un diccionario de la lengua española y escriba sus significados a continuación:

Palabra	Significado

¿Qué narra el cuento que acaba de leer? Escriba brevemente la historia.

¿Quién es el personaje principal y qué características tiene?

¿Cuál era la actividad o profesión del personaje principal?

¿Cuál es el tono del relato: serio o humorístico? ¿En qué se advierte ello? Ejemplifique.

¿Cómo es el lugar donde se desarrolla la historia?

¿Le parece que lo que se narra corresponde a la realidad? ¿Por qué?

¿Qué partes de la historia narrada corresponderían a la realidad y cuáles no?

¿Considera que la posibilidad de transformar la realidad con determinados propósitos es algo que está permitido a los escritores? ¿Por qué?

¿Cuál cree usted que haya sido el propósito de Juan José Arreola al transformar la realidad en este cuento?

¿Cómo está narrado el cuento? ¿En primera persona (yo), es decir, quien narra la historia es el mismo personaje de ella, o sea, don Fulgencio? ¿En tercera persona (él), esto es, el narrador no es el protagonista de la historia, sino alguien que sólo funge como testigo, como observador de lo sucedido?

¿Le gustó el estilo de escribir de Juan José Arreola? ¿Por qué?

Lea el siguiente cuento del escritor mexicano Juan Rulfo y conteste después las preguntas 62 del cuestionario.

No oyes ladrar los perros

—Tú que vas allá arriba, Ignacio, dime si no oyes alguna señal de algo o si ves alguna luz en alguna parte.

—No se ve nada.

—Ya debemos estar cerca.

—Sí, pero no se oye nada.

—Mira bien.

—No se ve nada.

—Pobre de ti, Ignacio.



La sombra larga y negra de los hombres siguió moviéndose de arriba abajo, trepándose a las piedras, disminuyendo y creciendo según avanzaba por la orilla del arroyo. Era una sola sombra, tambaleante.

La luna venía saliendo de la tierra, como una llamarada redonda.

—Ya debemos estar llegando a ese pueblo, Ignacio. Tú que llevas las orejas de fuera, fijate a ver si no oyes ladrar los perros. Acuérdate que

nos dijeron que Tonaya estaba detrasito del monte. Y desde qué horas que hemos dejado el monte. Acuérdate, Ignacio.

—Sí, pero no veo rastro de nada.

—Me estoy cansando.

—Bájame.

El viejo se fue reculando hasta encontrarse con el paredón y se recargó allí, sin soltar la carga de sus hombros. Aunque se le doblaban las piernas, no quería sentarse, porque después no hubiera podido levantar el cuerpo de su hijo, al que allá atrás, horas antes, le habían ayudado a echárselo a la espalda. Y así lo había traído desde entonces.

—¿Cómo te sientes?

—Mal.

Hablaba poco. Cada vez menos. En ratos parecía dormir. En ratos parecía tener frío. Temblaba. Sabía cuándo le agarraba a su hijo el temblor por las sacudidas que le daba, y porque los pies se le encajaban en los ijares como espuelas. Luego las manos del hijo, que traía trabadas en el pescuezo, le zarandeaban la cabeza como si fuera una sonaja.

Él apretaba los dientes para no morderse la lengua y cuando acababa aquello le preguntaba:

—¿Te duele mucho?

—Algo —contestaba él.

Primero le había dicho: “Apéame aquí... Déjame aquí... Vete tú solo. Yo te alcanzaré mañana o en cuanto me reponga un poco.” Se lo había dicho cincuenta veces. Ahora ni siquiera eso decía.

Allí estaba la luna. Enfrente de ellos. Una luna grande y colorada que les llenaba de luz los ojos y que estiraba y oscurecía más su sombra sobre la tierra.

—No veo por dónde voy —decía él.

Pero nadie le contestaba.

El otro iba allá arriba, todo iluminado por la luna, con su cara descolorida, sin sangre, reflejando una luz opaca. Y él acá abajo.

—¿Me oíste, Ignacio? Te digo que no veo bien.

Y el otro se quedaba callado.

Siguió caminando, a tropezones. Encogía el cuerpo y luego se enderezaba para volver a tropezar de nuevo.

—Éste no es ningún camino. Nos dijeron que detrás del cerro estaba Tonaya. Ya hemos pasado el cerro. Y Tonaya no se ve, ni se oye ningún ruido que nos diga que está cerca. ¿Por qué no quieres decirme qué ves, tú que vas allá arriba, Ignacio?

—Bájame, padre.

—¿Te sientes mal?

—Sí.

—Te llevaré a Tonaya a como dé lugar. Allí encontraré quien te cure. Dicen que allí hay un doctor. Yo te llevaré con él. Te he traído cargando desde hace horas y no te dejaré tirado aquí para que acaben contigo quienes sean.

Se tambaleó un poco. Dio dos o tres pasos de lado y volvió a enderezarse.

—Te llevaré a Tonaya.

—Bájame.

Su voz se hizo quedita, apenas murmuraba:

—Quiero acostarme un rato.

—Duérmete allí arriba. Al cabo te llevo bien agarrado.

La luna iba subiendo, casi azul, sobre un cielo claro. La cara del viejo, mojada en sudor, se llenó de luz. Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza agarrotada entre las manos de su hijo.

—Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas.

Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor seco, volvía a sudar.

—Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: “¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!” Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente...Y gente buena. Y si no, allí está mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije: “Ése no puede ser mi hijo.”

—Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo.

—No veo nada.

—Peor para ti, Ignacio.

—Tengo sed.

—¡Aguántate! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías de oír si ladran los perros. Haz por oír.

—Dame agua.

—Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate. Y aunque la hubiera, no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirte otra vez y yo solo no puedo.

—Tengo mucha sed y mucho sueño.

—Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces. Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llenadero. Y eras muy rabioso. Nunca pensé que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza... Pero así fue. Tu madre, que descansa en paz, quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú crecieras irías a ser su sostén. No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas.

Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolos de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza allá arriba, se sacudía como si sollozara.

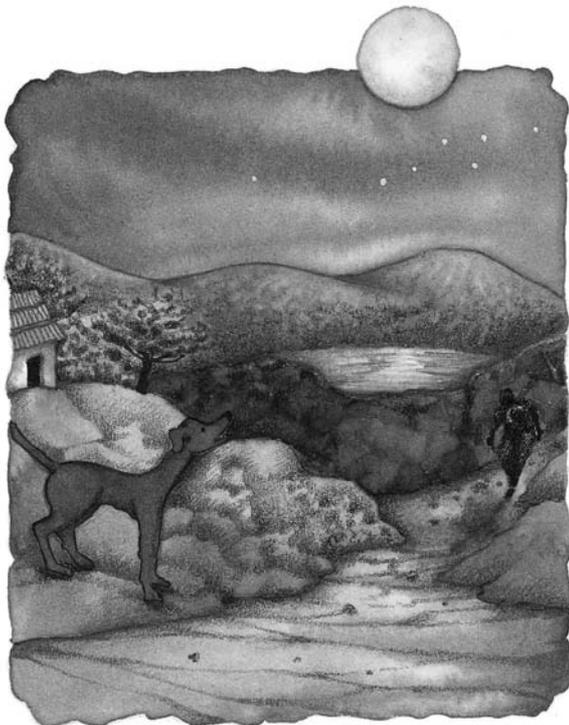
Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

—¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: “No tenemos a quien darle nuestra lástima”. ¿Pero usted, Ignacio?

Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejabán, se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado.

Destabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

—¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.



Juan Rulfo
(Mexicano. 1918-1986)

Cuestionario

¿Quién es el narrador en el cuento *No oyes ladrar los perros*? ¿El padre, el hijo u otro personaje que sólo es testigo de lo narrado?

¿Cómo es el personaje principal?

¿Hay otros personajes? ¿Quiénes son?

La forma en que está escrito el cuento, ¿reproduce la forma de hablar de los mexicanos que viven en el campo? ¿Por qué?

¿Cómo es el ambiente en el que se desarrolla el cuento, es decir, el lugar?
¿Los hechos suceden en la ciudad, en el campo o en un pueblo pequeño?

¿Le gustó el cuento? ¿Por qué?

Lea el siguiente texto que forma parte de los ensayos que escribió Octavio Paz, cuya obra abundantísima incluye diversos ensayos en los que reflexiona acerca de lo que somos como mexicanos. Conteste después las preguntas que se le plantean.

Máscaras mexicanas

(Ensayo)

Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación. Tan celoso de su intimidad como de la ajena, ni siquiera se atreve a rozar con los ojos al vecino: una mirada puede desencadenar la cólera de esas almas cargadas de electricidad. Atraviesa la vida como desollado; todo puede herirle, palabras y sospecha de palabras. Su lenguaje está lleno de reticencias, de figuras y alusiones, de puntos suspensivos; en su silencio hay repliegues, matices, nubarrones, arcoiris súbitos, amenazas indescifrables. Aun en la disputa prefiere la expresión velada a la injuria: “al buen entendedor pocas palabras”. En suma, entre la realidad y su persona establece una muralla, no por invisible menos infranqueable, de impasibilidad y lejanía. El mexicano siempre está lejos, lejos del mundo y de los demás. Lejos, también de sí mismo.



Octavio Paz
(Mexicano. 1914-1998)

Cuestionario

¿En cuál de los siguientes incisos hay información que no pertenece al texto que acaba de leer?

- a) El mexicano es un ser que se encierra y se preserva.
- b) El rostro y la sonrisa del mexicano son una máscara.
- c) Octavio Paz analiza al mexicano.
- d) El mexicano se caracteriza por ser criollo o mestizo.

¿Cuál es la opción que expresa una información fundamental del texto?

- a) Tan celoso de su intimidad como de la ajena, ni siquiera se atreve a rozar con los ojos al vecino.
- b) En su silencio hay repliegues, matices, nubarrones, arcoiris súbitos, amenazas indescifrables.
- c) Aun en la disputa prefiere la expresión velada a la injuria.
- d) El mexicano siempre está lejos, lejos del mundo y de los demás. Lejos, también de sí mismo.

¿En cuál inciso la afirmación es verdadera, con base en lo que dice el texto?

- a) El lenguaje del mexicano está lleno de figuras y alusiones.
- b) El mexicano se conoce a sí mismo en la resignación.
- c) Al mexicano nada le sirve para defenderse.
- d) El mexicano tiene mucha soledad.

¿Cuál de las siguientes opciones enuncia mejor el tema del texto?

- a) El mexicano.
- b) Las máscaras del mexicano.
- c) El lenguaje en México.
- d) El silencio del mexicano.

Esta antología de textos literarios también forma parte del módulo propedéutico de Español y en él encontrarás las muestras más representativas de la literatura española e hispanoamericana correspondientes a los siglos XV al XX.

Con la lectura de estos textos, queremos complementar tu formación y fomentar en ti el hábito de la lectura, ya que este material lo irás leyendo simultáneamente con el desarrollo de tu libro del adulto.

Esperamos que, si bien algunos de los textos de la literatura española del siglo XV te pueden parecer difíciles por el uso que se hace de la lengua y que corresponde al de esa época, los temas que tratan seguramente te resulten interesantes, pues no han perdido vigencia, en tanto que son temas relacionados con la vida cotidiana de las personas.

